



Violencia hacia los márgenes. Individualismo, desposesión y formas de agenciamiento

Constanza San Pedro*

Mi sueño es tener una habitación para mí,
con techo de material y televisor.

M., *entrevistado en Ciudad de Mis Sueños*

A sistimos a una actualidad donde mucho se dice y nombra como violencia. Esto puede leerse como un avance en el reconocimiento de las formas de opresión que afectan a lxs sujetxs, pero a la vez, corremos el riesgo de diluir en esa palabra una multiplicidad de fenómenos que deben ser analizados atendiendo a sus particularidades, implicancias y alcances. Propongo pensar en estas líneas aquellas violencias que no son percibidas como tales, que a través de una serie de dispositivos propios de los mecanismos que hoy nos gobiernan son naturalizadas. La noción de neoliberalismo como racionalidad va a ser clave para comprenderlos. A partir de ello, y siguiendo a Butler (2020), propongo desarmar la ficción de la figura de individuo como unidad de medida de todas las cosas, que deja por fuera de la legibilidad a múltiples sujetxs y habilita cierta forma de configuración del orden social desde una ontología liberal. La crítica a esta figura nos abre la posibilidad de pensar en otras ontologías, otras formas de leer nuestro presente, que buscan reconocer a lxs sujetxs desde su necesaria interdependencia.

Luego, propongo una reflexión crítica sobre una de las formas que adopta la violencia estatal, aquella que implica la expulsión del marco normativo de reconocimiento a un exterior –siempre constitutivo– que tiene un correlato en la espacialidad. O dicho de otro modo: la expulsión de ciertxs sujetxs a los márgenes de la ciudad, donde las condiciones materiales básicas de subsistencia son de una extrema precariedad. Propongo

* Constanza San Pedro trabaja en el IDH-CONICET, da clases en primaria, piensa y milita desde las periferias. Le gusta jugar con lo que heredamos como lejano, en el tiempo y en nuestro tiempo. De todas las Coti, sin duda ésta es la más aburrida. Correo: constanza-sanpedro@gmail.com

leer este fenómeno como una forma de violencia que opera como un mecanismo particular de *desposesión* selectivo hacia ciertos sujetos que son expulsados a la marginalidad¹. Se trata de una forma de violencia que es ejercida sobre los individuos, pero que en ocasiones son pensados en clave de población, es decir de un sujeto colectivo².

En el reverso de estas formas de violencia –o en las vivencias desde los márgenes– emergen respuestas que las tensionan y transforman. Aunque siga el problema, porque incluso frente a la existencia y reconocimiento de un sujeto colectivo no se garantiza la ausencia de violencia, hay acciones y formas de vida que se tejen en las periferias –siempre precarias– que representan una subversión de los marcos que adoptan, en principio, la forma de una denuncia. A partir de la reivindicación del valor de las vidas que se encuentran desposeídas, prefiguran otros modos de vivir y de cohabitar el mundo, poniendo en tensión aquello que entendemos por responsabilidad. A su vez, disputan los sentidos que priman en una ontología liberal, para dar cuenta de la importancia de la interdependencia. Estoy pensando en fenómenos diversos, heterogéneos, complejos, que pueden articularse entre sí o no: las tomas de tierras, los procesos de organización comunitaria, la configuración de luchas y demandas particulares por la tierra (y su tenencia), o por el acceso a servicios básicos, entre otros.

1 Habitar la marginalidad va a tener en este trabajo una doble dimensión, que se retroalimenta: una expulsión hacia los márgenes de lo humano, y a la vez una expulsión –por acción u omisión estatal– material y concreta de la ciudad. Me refiero a diferentes mecanismos a través de los cuales ciertos sectores se ven obligados a instalarse en las periferias de las ciudades: ya sea a partir de la recuperación de tierras (tomas y asentamientos); como a los procesos de relocalización urbana (que se llevaron adelante en la ciudad de Córdoba, desplazando hacia las periferias de la ciudad asentamientos y villas anteriormente situadas en el centro de la misma). En ambos casos, esto supone habitar terrenos no aptos para la vivienda (rodeados de basurales), sin acceso a los servicios básicos, con poca o nula posibilidad de acceso al transporte, al centro de la ciudad, a circuitos culturales, etc.).

2 Esta doble valencia implica reconocer que dicha violencia afecta individualmente a cada sujeto, pero que también implica el reconocimiento de ciertos sectores que se ven afectados por estas formas de violencia, que pueden adoptar la forma de políticas públicas efectivas, o la ausencia de la misma. Esto aplica a los procesos de relocalización puntualmente, pero también a la ausencia de políticas públicas que dejan desprotegida a la población en situación de extrema vulnerabilidad.

Inscripción en nuestro *marco*. Algunos apuntes para leer(nos) desde el neoliberalismo

La manera de pensar la violencia que propongo se inscribe en una consideración específica de las formas de gobierno que priman en nuestro tiempo. El ejercicio de poder gubernamental –que supone la participación de diversos actores– crea, gobierna, y administra cuerpos y vidas a partir de la razón neoliberal (Foucault, 2011, 2012b). Verónica Gago (2014) lo define como dinámica inmanente puesto que “se despliega al ras de los territorios, modula subjetividades y es provocado sin necesidad primera de una estructura trascendente y exterior” (p. 10). Esto permite mostrar las diferentes capas desde la cuales el neoliberalismo se materializa y despliega, pero también las fallas, tensiones, rajaduras que emergen en su interior, en ese neoliberalismo que la autora nombra *desde abajo*. Esta forma de gobierno busca la maximización de todo lo que *toca* a costa de la desposesión y el extractivismo. La pobreza, el individualismo, la precarización y la desigualdad son a la vez su producto y su posibilidad. Los mecanismos de la gubernamentalidad neoliberal que maximizan los efectos de la precarización de la vida son múltiples. Y no se trata de una consecuencia indeseable sino más bien de modos singulares en los que se incide y produce la (s condiciones de) vida que garantizan su reproducción y perpetuidad.

Estos autorxs hablan de *racionalidad* porque a la vez que da cierto orden a lo viviente, que lo pondera y jerarquiza, es también la clave de lectura en la que vemos el mundo, comprendemos y justificamos la miseria, nos vinculamos a lxs otrxs, nos movemos en el espacio y habitamos con apuro y eficiencia el tiempo que nos toca. Así, esta racionalidad no está por fuera de nosotrxs, sino que nos constituye e incide en la forma en que construimos nuestros proyectos de vida, orientamos nuestras acciones, sueños y deseos. Esta pregnancia y su colonización en los modos de vida, es analizada por Diego Sztulwark (2020) cuando se refiere a una *sensibilidad* neoliberal, que contiene a la vez que excede la noción de racionalidad. Identifica, siguiendo a Guattari, que entre las múltiples acepciones que engloba el neoliberalismo, pueden distinguirse analíticamente dos planos en los que se despliega: un plano macropolítico (que refiere a la lógica de las fuerzas constituidas y sus relaciones), y el micropolítico (que opera sobre la subjetividad a partir de la creación y/o estabilización de afectos y visiones). La posibilidad de sostenimiento y reproducción del neoliberalismo

lismo implica una forma de regulación de la subjetividad y de la configuración de ciertos modos de vida que se erigen como deseables. Así, el autor llega a afirmar que “Las técnicas de gestión de la sensibilidad constituyen una pieza central del dominio neoliberal” (p. 27). No hay posibilidad de un *afuera* del neoliberalismo, de esa sensibilidad que está enraizada en nuestras prácticas, deseos, aspiraciones. Sin embargo, emergen desde dentro y en los márgenes acciones que lo ponen en tensión, muestran sus fisuras, denuncian sus efectos.

A su vez, estas formas de gobierno se encuadran en ciertos marcos normativos, que regulan tanto nuestra percepción como la propia distribución de lo sensible. Así la forma en que leemos a lxs sujetxs, nuestras respuestas afectivas y emocionales hacia otrxs, los modos en que habitamos el espacio común responden también a una dimensión normativa que nos produce y nos excede.

Siguiendo a Butler (2010) existen –y se construyen– marcos normativos que nos subjetivan condicionando nuestra percepción respecto de lo que reconocemos como vidas a la vez que establecen los términos afectivo-morales bajo los cuales las leemos y nos vinculamos con ellas. La vida –o más bien su valor– no es un universal, sino más bien, algo desigualmente distribuido en el espacio. Esta distribución de lo sensible tiene un correlato tanto espacial como afectivo. Cierta política de los afectos (Ahmed, 2015) nos permite identificar que la circulación de las emociones, incide en la consideración de las vidas dignas de compartir nuestros espacios, de habitar la ciudad, circuitos culturales, y todo aquello que se erige como público –pero que sin embargo, es restringido a ciertos sectores de la población que son leídos como peligrosos. Así las formas en las que lxs otrxs nos afectan y nuestras formas de responder a ellxs no emergen de la individualidad sino de complejos entramados de poder que moldean las superficies de los cuerpos y de los espacios que habitamos.

Ahora bien, existen experiencias y prácticas de resistencia que tensionan las normas que delimitan lo humano, en la propia afirmación de su valor en sectores donde éste ha sido socavado. Estas experiencias, que parten de la identificación de un sujeto común³, de la construcción de una agenda de demandas, ponen al descubierto la dimensión de la interdepen-

3 Es menester aclarar que la construcción de experiencias comunitarias tampoco garantiza que no se ejerza la violencia.

dencia. Interdependencia para los más próximos con quienes se construye esa agenda, y con el Estado, instituciones, etc. a quienes se les demanda.

El reconocimiento –y reivindicación– de esa interdependencia puede ser leída en la clave de una ontología socio-corporal en clave butleriana. Esto no implica plantear una dicotomía entre una ontología liberal y otra de la interdependencia, ni proponer que alguna sea mejor. Tampoco se trata de que una pueda “reemplazar” a la otra. Estas coexisten, del mismo modo que coexisten en sujetos y comunidades diversas experiencias y formas de vincularse. Porque ambas, al tratarse de las formas en las que leemos el mundo y pretendemos entender y explicar el reparto de lo sensible, son operaciones políticas con determinados efectos en la realidad. Por ello, creemos que la potencia de pensar una ontología de la interdependencia es que nos brinda herramientas que nos permitan construir formas menos injustas de vivir.

La unidad de medida. Desarmando el individualismo posesivo

En “La fuerza de la no violencia, la duelidad y la crítica del individualismo”, Judith Butler (2020) indaga sobre aquellos relatos que, en la modernidad, configuran al individuo como punto de partida –y a la vez horizonte– de nuestras sociedades. Esto le permite “fundamentar la importancia de los vínculos sociales y de la interdependencia para comprender cómo sería un enfoque no individualista de la igualdad” (p. 41). Reflexiona en torno a la perspectiva hobbesiana sobre el estado de naturaleza, entendiéndola como una ficción que construye cierta mirada para evaluar el presente a la vez que como una consideración particular de la especificidad y contingencia de la organización política actual del espacio y el tiempo, de las pasiones y los intereses. (p. 45)

Butler invita a pensar al estado de naturaleza que tiene como figura primaria y fundadora al individuo como una ficción/fantasia⁴, no para reemplazarla por la realidad, sino para leerla como una forma de alcanzar perspectivas claves en la estructura y dinámica de las organizaciones de poder y de violencia históricamente constituidas (p. 51). Así, identifica la

4 Butler trabaja con ambas nociones, pero para pensar el *estado de naturaleza*, se inclina por la noción de fantasía, en particular por el desarrollo que realiza Jean Laplanche (1915), quien la entiende como una estructuración psíquica por la cual se interpreta la realidad.

potencia de esa ficción para configurar un imaginario social sobre el que se monta la forma en que habitamos y vivimos en este mundo, con otrxs.

Su pregunta pretende identificar las condiciones que hacen posible que la ficción del individualismo sea la que hoy está como trasfondo en las maneras en las que concebimos la vida social y la forma en la que dirimimos los conflictos. Butler intenta reconstruir las condiciones históricas que hicieron posible su emergencia y la eficacia para su propagación, frente a lo cual nos ofrece otra forma de imaginar aquello que somos.

¿Que implica pensar que esa consideración de lxs sujetxs como individuos autónomos es una *ficción*? En primer lugar, es una invitación a poner en cuestión los modos en los que leemos el mundo y nos leemos a nosotrxs mismxs, suspender aquellas nociones arraigadas que nos atraviesan y que hacen que reproduzcamos cierto orden de cosas. Se trata de una operación poderosa y necesaria para tensar una realidad que se nos presenta como dada.

La figura del individuo, su discreción y su autonomía, habilita cierto reparto de lo sensible en relación a las formas en que los cuerpos se distribuyen en el espacio y a la forma en que se garantizan o se omite el cuidado y la asistencia. Pero además a lo que creemos de lxs otrxs, a las responsabilidades que tenemos o no con ellxs, a la delimitación de nuestros proyectos vitales, y así, la forma en que ciertos afectos circulan en los centros y en los márgenes de dichos marcos normativos. La relación que establecemos con lxs otrxs está mediada por esta noción del individuo. Y todo aquello que se presente como dependiente de otrxs, de redes e instituciones será entonces deficitario en relación a *ese* individuo.

La ficción del individuo autónomo y autosuficiente –cuya figura es un hombre masculino mayor de edad– lo despoja de todos aquellos elementos que lo hacen dependiente de otrxs. De alguien que lo haya gestado y alimentado, de quien lo cuidara cuando niñx, de un espacio que lo acoja, de redes que lo sostengan. Define al hombre como figura no solo del origen, sino como medida de todas las cosas. Frente a él, todo *lo otro* –las infancias, las mujeres, las disidencias sexuales, lxs discapacitadx, adultxs mayores, etc.– son ubicados desde la debilidad, desde la falta. Todxs somos entonces valoradx de acuerdo a cuánto nos acerquemos a ese ideal de lo humano, que ubica al hombre, adulto, independiente en el centro de la norma.

Lo central de esa consideración de lo humano es que deja por fuera aquello que resulta fundamental desde una ontología *otra* que nos con-

vida la autora: partir de la consideración de que todxs somos vulnerables y de la interdependencia como aquella condición propia de la humanidad. ¿Qué aporta esta ontología? En esta disputa en torno a la organización de lo sensible, nos permite reconocer a lxs sujetxs en la diversidad y desigualdad, en la dependencia de otrxs, en la necesidad de reconocer que solo es posible el sostenimiento de la vida a través de cierta forma de estar-con-otrxs, como así también de ciertas condiciones materiales, de redes de apoyo e instituciones a partir de las cuales se cuida y protege la vida. Que esa sea la condición común de lxs humanxs, habilita a pensar formas necesarias de vincularnos ya no desde la interdependencia como una falta o una debilidad, sino como un punto de partida frente al cual lxs otrxs –sujetxs, instituciones, Estado, etc.– deben responder.

Creo que la interdependencia no debe pensarse de manera general ni universal. Aquello que sí es común es que dependemos de otrxs, pero no todxs somos igualmente dependientes, esto va a variar a partir de diferentes marcas: etarias, genéricas, étnicas o raciales, de clase. Lxs bebés y niñxs requieren cuidados específicos y –al ser extremadamente vulnerables– dependen completamente de otrxs. Esto se va modificando a lo largo del tiempo a medida que se adquiere *cierta* autonomía, y hacia la mayoría de edad –o vida adulta–, se vuelven a requerir mayores niveles de cuidado. Las mujeres y disidencias sexuales, cuyas vidas son expuestas a altos niveles de violencia han apelado a la construcción de redes que permitan visibilizar las desigualdades, pero también hacer viables sus vidas. Sectores sociales que son sistemáticamente vulnerados a partir de la organización capitalista, y que por esas mismas formas de desposesión demandan otro tipo de atención y cuidado que les es negado. Una ontología de la interdependencia nos permite pensar modos de respuesta afectiva y de responsabilidad para con lxs otrxs, reconociendo las desigualdades para transformarlas, no profundizarlas.

Interpelaciones desde las violencias. Desposesión, vulneración y responsabilidad ética

Reconocer estas cuestiones nos abre paso a una segunda consideración que es fundamental y que nos habilita a pensar el tema que nos convoca: la violencia. Romper con la idea del individuo como unidad de medida de todas las cosas implica identificar que la vida, las oportunidades, los

derechos están distribuidos de manera desigual a partir de múltiples procesos de desposesión. Esto no es *normal* ni *natural*. Es preciso reconocerlas como operaciones políticas que producen esa asignación/extracción de valor. La violencia, la (diferencial) asignación de humanidad se dará en función de cuánto nos acercamos o nos alejamos de la norma –de ese ideal de hombre– y no solo regula nuestras percepciones y respuestas emocionales (Butler, 2010; 2018; Butler y Athanasiou, 2017); sino que también involucra presunciones acerca de la espacialidad en una doble vinculación: teórica y material, pues la desposesión de la humanidad estará asociada a la falta de condiciones y soportes materiales que cuidan y protegen esas vidas.

Creo que es preciso entender a esa operación política, discrecional, y que responde a cierto ejercicio de la gubernamentalidad neoliberal como una forma específica de violencia. En una doble dimensión: *normativa* porque es el marco el que delimita aquellas vidas, cuerpos, prácticas y deseos que serán leídos como legítimos, adecuados, valiosos. Pero también y de manera más específica, si afinamos la mirada, propongo hablar de violencia *estatal*. ¿Por qué me parece relevante mencionar la cuestión estatal? Porque la propia existencia del Estado de algún modo reconoce los límites de pensar a lxs sujetxs como individuos autónomos. Aparece como una entidad que busca regular la vida de lxs sujetxs que lo conforman pero además tiene la tarea o responsabilidad de *cuidar* la vida. No pretendo abordar ni profundizar los debates que se abren en las teorías del estado, sino más bien señalar la importancia que tiene la emergencia de una figura con una responsabilidad particular cuya base se asienta en el reconocimiento de la necesidad de regular la vida de lxs sujetxs, y que a partir de la biopolítica (Foucault, 2011, 2012a) pone en el centro de las tareas del Estado la administración de la vida.

Dejarnos interpelar por las violencias supone, de nuevo, no pensarlas como algo ajeno a nosotrxs. Existen, tienen responsables más o menos específicos, pero nosotrxs de algún modo también participamos de ellas. Por acción u omisión, a través de procesos de naturalización o de reproducción de las mismas. ¿Qué es aquello a lo que llamamos violencia? ¿Cuán visible, grave, doloroso debe ser para que nos interpele? Y, siguiendo a Sedgwick (2018) ¿Es la visibilidad condición suficiente para la interpelación?

La violencia a primera vista tiene como superficie de ejercicio el cuerpo, los cuerpos que la reciben y la resisten, las vidas que ese cuerpo va a

vivir, los deseos que podrá sentir, los sueños que se animará a tener. Pero también la violencia adquiere formas más sutiles que afectan a los cuerpos pero en una dimensión colectiva, sobre una determinada porción de la población. Podemos decir que entonces la violencia adopta un carácter biopolítico en la medida en que afecta a lxs sujetxs individualmente consideradxs, a los cuerpos que habitan y circulan en el espacio; a la vez que está direccionada hacia un sector determinado a partir de una serie de rasgos que le son propios. Dichos rasgos, que responden a cierta forma de precarización, son reforzados en este proceso permitiendo su perpetuación. La expulsión a la marginalidad, que supone la exposición a condiciones que ponen la vida de quienes la padecen sistemáticamente en riesgo, es uno de estos rasgos de cierta porción de la sociedad que se presentan como una consecuencia inherente al capitalismo, como algo que debemos tolerar.

Judith Butler y Athena Athanasiou en *Desposesión: lo performativo en lo político* (2017) hacen referencia a una doble valencia de la desposesión –como relación del sujeto con las normas: en un sentido relacional y otro privativo. El primero marca un límite a la autosuficiencia del sujeto liberal refiriendo este término a una condición heterónoma para la autonomía. En un segundo sentido implica lesiones y modos de sujeción “impuesta por la violencia normativa y normalizadora que determina los términos de subjetividad, supervivencia y rasgo de vivible” (p. 17).

La desposesión selectiva, en tanto operación política debe ser considerada una forma de violencia. Violencia en los cuerpos que la padecen y violencia en las formas en que se construye la sociedad en cuanto tal. La desposesión se trata entonces, o puede entenderse, como una desposesión de la condición de humanidad que supone la extracción de ciertas condiciones materiales y con ello la exposición a ciertas formas de vulneración de la vida. ¿Por qué es necesario primero despojar a esa vida de su humanidad? Porque es ello lo que garantiza que esa operación no sea leída por lxs otrxs humanxs como violencia.

Desnaturalizar estas formas de desposesión, leerlas a partir de una ontología que nos permita leer a lxs humanxs desde la interdependencia, nos puede llevar a las siguientes preguntas: ¿Qué formas de violencia estamos dispuestas a tolerar? ¿Hay violencias legítimas y tolerables? ¿Cuán cerca o

cuán lejos debemos sentirnos de lxs otrxs para percibir que la marginalidad es una forma de violencia⁵?

Agenda y agencia. Hacerse visibles desde la marginalidad

Somos los chicos de barrio Sol Naciente
Jugamos, cantamos, vivimos y soñamos
Vamos de frente porque somos buena gente
Aquí hay gente buena, también hay delincuentes
Los padres de hoy eso te advierten
Hijo no te vayas, no quiero perderte
Hay chicos en las esquinas que vuelan por encima
Ellos se levantan y después todo termina
Día tras día me pongo a pensar
Que Sol Naciente puede cambiar, puede cambiar.
Los raperos del sol. Sexto grado de la tarde.

Hablar de marginalidad implica reconocer no solo condiciones extremadamente precarias de vidas, sino estar al margen de esa norma, de esa línea porosa, (in)visible que delimita la humanidad, que asigna sentidos y distribuye afectos. Sin embargo, ese exterior es siempre constitutivo de aquello que el centro define como lo uno, lo verdadero, lo legítimo. Que sea constitutivo implica que ese *afuera* es necesario para la configuración de la norma y del reconocimiento del *adentro*. Es a partir de ese *otro* que se define el modelo ideal de sujeto, de humano, de humanidad. Como dijimos ese ideal es un varón, adulto, independiente y autónomo, reafirmamos que se trata de una ficción porque incluso contra ese imperativo, su figura *necesita* de ese otro excluido. Del mismo modo los centros necesitan a las periferias, el capitalismo a los pobres, y así con cada presunta dicotomía que marca un adentro y un afuera.

Ahora bien, el costo que deben pagar los cuerpos expulsados a la marginalidad es altísimo. Ello nos lleva a volver sobre la pregunta que hace Butler en “¿Se puede llevar una buena vida en medio de una mala vida?” (Butler, 2017) desde esta doble dimensión: ¿pueden aquellas personas que

5 Para profundizar esta noción de violencia en relación a la desposesión, se pueden recuperar artículos y tesis publicadas por miembros de este grupo de investigación: Canseco, 2017; Moretti, 2020; San Pedro, 2022; Hilas, 2023.

viven en condiciones que lxs ponen sistemáticamente en riesgo llevar una vida buena?, a la vez que ¿es posible que otrxs, quienes nos encontramos en posiciones de privilegio, podamos llevar vidas buenas en este contexto de desigualdad?

Poner en cuestión el ordenamiento territorial desnaturalizando su carácter segregatorio nos va a permitir no solo realizar un diagnóstico sobre los efectos de esta particular forma de ejercicio gubernamental –que sucede localmente, pero cuyas resonancias también aparecen en todas las grandes ciudades de Nuestramérica– sino también recuperar la humanidad en esos márgenes, y con ello, las voces, los procesos de organización, y las formas en que se combate la violencia normativa y estatal.

Entonces, podremos a partir de la identificación de aquello que delimita una cierta consideración de humanidad, tomar sus fisuras y recuperar aquello de humano que se encuentra en quienes han sido desposeídxs no solo de condiciones materiales y soportes que hacen posible la vida, sino precisamente, de su propia vida. Estas otras formas de vivir y habitar el espacio, que están acompañadas de luchas por el reconocimiento de ciertos derechos, nos permiten construir otras narrativas de lo humano, tensionadas con un individualismo neoliberal, pero reconociendo y encarnando la interdependencia. Lejos de la construcción de cualquier idilio, esas otras formas de vida, violentadas, no exentas ellas de violencia desposeídas, pobres, marginalizadas discuten no solo el espacio que habitan, sino también, cierta distribución de lo sensible.

Sectores que son expulsados a la marginalidad reclaman tanto en las periferias como en el centro de la ciudad el acceso a la vivienda, exigen servicios básicos, denuncian la persecución policial. En los territorios, recuperan tierras ociosas para habitarlas poniendo en tensión la especulación y el uso del suelo que imponen los gobiernos, asociados con los grandes desarrollistas inmobiliarios. Estas son algunas de las prácticas de resistencia, que visibilizando el deseo de lxs desposeídxs de ser reconocídxs como humanos, tensionan el marco normativo y prefijan otro modo de ser humanidad.

Una segunda dimensión ética que se desprende de esta ontología socio corporal tiene que ver con la cohabitación, es decir, aquellas condiciones que hacen posible el vivir con otrxs. Pero esta cohabitación requiere no solo la coexistencia en un determinado territorio, sino la posibilidad de asumir una responsabilidad para con lxs otrxs. Claro que los modos en

que leemos y nos vinculamos con lxs otrxs dependen de esa estructura que ordena no solo nuestra consideración de lo humano sino también de las respuestas afectivas y morales que debemos tener para con esxs otrxs. Y si hay ciertos sectores de la población que producto de acciones y omisiones políticas se encuentran desposeídos y precarizados, el resto del universo social acepta de manera acrítica las condiciones de vida a las que se ven expuestos dichos sectores.

La pobreza que se asienta en las orillas de la Circunvalación, en esa línea de cemento que delimita la ciudad que debemos desear, esa línea que es material pero también simbólica, forma parte del paisaje. Más o menos vistosas, con o sin murales, rodeadas de basurales y de efectivos policiales son un afuera/adentro de la ciudad. Casillas donde viven familias numerosas, conexiones de luz inseguras, residuos tóxicos que deambulan en los canales, una sola línea de colectivo que –en el mejor de los casos con rejas en las ventanas– se asoma al barrio, escuelas y centros de salud desmantelados son formas de violencia estatal naturalizadas.

Así como la dualidad “marca la manera en que se maneja a las criaturas vivas y prueba ser una dimensión integral de la biopolítica y de las formas de pensar sobre la igualdad entre los seres vivos” (Butler, 2020, p. 74), la capacidad de afectación por la violencia naturalizada es un indicador de la compleja trama que reproduce la desigualdad. Las formas específicas que adopta la responsividad moral frente a lxs otrxs, solo es posible a partir de una gramática emocional que se encuentra entrelazada, producida y reproducida por el marco normativo que nos hace. Mientras que aquellxs otrxs, diferentes a mi, marginados, pobres, sean leídos como una amenaza, nos den miedo o asco, serán merecedores de una precarización extrema. Sus vidas dejarán de ser merecedoras de atención y cuidado. Y contarán siempre con la indiferencia de aquello que nombramos como humanidad.

Referencias

- Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*. México D.F., UNAM. Programa Universitario de estudios de Género.
- Boito, María Eugenia y Levstein, Ana (2009). *De insomnios y vigiliyas, en el espacio urbano cordobés. Lecturas sobre Ciudad de mis Sueños*. Córdoba, Jorge Sarmiento Editor.



- Boito, María Eugenia y Seveso Zanin, Emilio (2015). *La tecnología como ideología en contextos de socio-segregación. Ciudades-Barrio* (Córdoba 2011-2014). Rosario, Puño y Letra.
- Butler, Judith (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Buenos Aires, Paidós.
- Butler, Judith (2017). *Cuerpos en alianza y lucha política*. Buenos Aires, Paidós.
- Butler, Judith (2018). *Deshacer el género*. Buenos Aires, Paidós.
- Butler, Judith (2020). *La fuerza de la no violencia*. Buenos Aires, Paidós.
- Butler, Judith y Athanasiou, Athenea (2017). *Desposesión: lo performativo en lo político*. Buenos Aires, Eterna Cadencia Editora.
- Canseco, Alberto (beto) (2017). *Eroticidades precarias. La ontología corporal de Judith Butler*. Córdoba: Ed. Asentamiento.
- Foucault, Michel (2011). *Seguridad, territorio, población: curso en el Collège de France: 1977-1978*. México DF-Buenos Aires: FCE.
- Foucault, Michel (2012a). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Foucault, Michel (2012b). *Nacimiento de la biopolítica: curso en el Collège de France: 1978-1979*. México DF-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gago, Verónica (2014). *La razón neoliberal: Economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires, Tinta Limón.
- Gómez, María Luz (2019). "Cómo hacer andar una máquina del tiempo: historias que circulan sobre un pasillo en construcción" *Revista Heterotopías del Área de Estudios Críticos del Discurso de FFyH*. Volumen 2, N° 3. Córdoba. - ISSN: 2618-2726.

Hilas, Sasha (2023). “Entre Judith Butler y Hannah Arendt. Apuntes en torno al concepto de cohabitación” *Anacronismo e irrupción. Revista de Teoría y Filosofía Clásica y Moderna*. Vol. 14, Núm. 25 (2023) ISSN/ISSN-L: 2250-4982.

<https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/anacronismo/article/view/9303>

Laplanche Jean y Pontalis Jean Bertrand (1915). *The Language of Psycho-Analysis*, Nueva York, W.W. Norton, 1967, p. 314 en Butler, J. (2020). *La fuerza de la no violencia*. Buenos Aires, Paidós.

Moretti Baso, Ianina (2020). *Cuerpos y Alianzas. Un estudio butleriano sobre las posibilidades performativas de la agencia ante la violencia normativa* Doctorado en Filosofía, FFYH, UNC. Tesis no publicada.

San Pedro, Constanza (2022). *Gobierno de vida y precarización de la salud (no)reproductiva. O acerca del reconocimiento diferencial de las vidas*. Maestría en Bioética. FCE, UNC. Disponible en: <https://rdu.unc.edu.ar/handle/11086/30017>

Sedgwick, Eve Kosofsky (2018). *Tocar la fibra. Afecto, pedagogía, performatividad*. Madrid, Alpuerto.

Sztulwark, Diego (2022). *La ofensiva sensible. Neoliberalismo, populismo y el reverso de lo político*. Buenos Aires, Caja Negra.